

Comunistas sociólogos / sociólogos comunistas: sociogénesis de una ambivalencia intelectual

Alejandro Blanco

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

En una nota aparecida en la segunda mitad de 1961 en *Cuadernos de Cultura*, el órgano cultural del Partido Comunista Argentino (PCA), Rodolfo Ghioldi advertía a sus lectores en los siguientes términos:

A las invasiones de sucesivas y diversas manías burguesas, entre las cuales el psicoanálisis y el existencialismo, sigue actualmente y desde hace algunos años la moda sociológica: creándose por doquier institutos, escuelas especiales, se organizan encuentros y seminarios, se instalan bien provistos centros publicitarios y editoriales, y se contrata, como es de rigor, a los profesores norteamericanos de turno. ¿Qué tratan y difunden esas variadas y abundantes instituciones? Pues, propagan las diversas corrientes burguesas actuales –es decir, las más degeneradas de todas las corrientes burguesas–, y muy principalmente sus expresiones más banales –las norteamericanas.

La nota llevaba el título de “Cosas de la sociología”, y aunque en ella su autor se refiriera a sociólogos de diferentes latitudes y a la sociología –que por cierto conocía poco y apenas de segunda mano– la nota, en rigor, estaba dirigida contra una empresa intelectual en particular, con nombre y apellido. Era la sociología liderada intelectual e institucionalmente por

Gino Germani. Su nombre monopoliza el mayor número de referencias: seis veces en el cuerpo del texto y una vez en nota. ¿Por qué esa reacción tan airada de un alto dirigente político –después de la figura de Victorio Codovilla, la de Ghioldi era la segunda en importancia del Partido Comunista Argentino– frente a una disciplina universitaria? ¿Por qué el jefe de un partido político decide atacar al jefe de una disciplina universitaria? ¿Qué clase de amenazas percibía la dirigencia del Partido respecto de la sociología?

Cuando Rodolfo Ghioldi publicó su nota el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires cumplía cinco años de existencia y Germani, su mentor y director, ya era una figura destacada en los medios intelectuales locales y una estrella en ascenso en el plano de la sociología regional e internacional. Por su intermedio, la disciplina, hasta entonces relegada a la oscura y anodina condición de apéndice de otras carreras como Derecho, Historia o Economía, se convirtió en una profesión intelectual autónoma y dominante del campo universitario. La introducción del trabajo de campo y de diversos métodos y técnicas de investigación social –encuestas, estadísticas, test proyectivo, etc.–, promovió nuevas formas de conocimiento del mundo social y un nuevo estilo de producción intelectual que desafiaba a los ya existentes en el do-

minio de las humanidades. Pero no solamente eso. Gracias a Germani, la sociología ganaría por primera vez un lugar central en la escena pública mediante una novedosa interpretación del enigma que estaba en el centro del debate político nacional: la naturaleza y el significado social y político del fenómeno peronista. Y se trataba, por cierto, de una interpretación que contradecía la opinión dominante de los intelectuales del Partido Comunista, que asimilaban el peronismo a una variante local de nazi-fascismo.

El entusiasmo que despertó la nueva empresa de conocimiento comandada por Germani entre las nuevas generaciones de estudiantes universitarios puede ser dimensionado a partir de unos pocos, pero significativos, indicadores. En los primeros cinco años de existencia la matrícula de la nueva carrera había crecido casi diez veces, y para entonces el Departamento contaba con un personal, inusual para la época, de poco más de ochenta integrantes (dieciséis profesores, sesenta y cinco auxiliares docentes y de investigación y seis auxiliares administrativos). Después de Psicología, la de Sociología era la carrera más popular de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Rodolfo Ghioldi sabía que entre esos jóvenes entusiastas había algunos que militaban en las filas del Partido, “jóvenes estudiantes bien intencionados –decía– que de yapa quisieran ser izquierdistas, [y] que d[a]n plena fe a las patrañas apologéticas de la burguesía moribunda. [...] Ello hace pensar en la conveniencia –concluía– de aconsejar a esos jóvenes que lean la nutrida literatura marxistaleninista sobre la materia” (véase el Apéndice documental). En rigor, la nota de Ghioldi era parte de una preocupación más general de los miembros del Partido relativa a la existencia de un nuevo clima de ideas entre las nuevas generaciones, que alcanzaba también a los jóvenes comunistas. Poco antes Héctor Agosti había advertido sobre la existencia

de un marxismo ‘abierto’ [...] que procura mezclar ciertas nociones del marxismo con algunos brebajes existencialistas, para exaltar al joven Marx de los primeros escritos, no liberado totalmente del hegelianismo [...] ya estamos viendo a uno de sus profetas, el señor Merleau-Ponty, señalado como filósofo máximo de nuestro tiempo en tantos papeles que se imprimen entre nosotros.¹

También la relación entre marxismo y sociología estaba siendo objeto de discusión entre los intelectuales del Partido, como lo revela el artículo explícitamente referido al tema que en 1960 publicó *Cuadernos de Cultura*, y en el que su autor no dudaba en afirmar que la única sociología científica posible era el materialismo histórico y que solamente los “marxistas tienen el derecho de reclamar para la concepción materialista de la historia y [...] para los análisis que ella inspira, el nombre de sociología científica”.² La nota de Ghioldi iba en la misma dirección: “quien aspire a la sociología científica –decía–, comience por asimilar el marxismo-leninismo”.³

¿Quiénes tenían entonces el derecho a reclamar para sí el nombre de “sociología científica”, los “partidos marxistas” inspirados en el materialismo histórico o los profesores de Sociología cuyas investigaciones se apoyaban en otros marcos de referencia? Recordemos que cinco años antes de la nota de Ghioldi, Germani había publicado *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, una suerte de manifiesto que anunciaba el surgimiento de una nueva concepción de la disci-

¹ Héctor Agosti, “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, *Para una política de la cultura*, Buenos Aires, Procyon, 1956, p. 51.

² Michel Simon, “Notas sobre la concepción marxista de la sociología”, *Cuadernos de Cultura*, n° 49, setiembre-octubre de 1960, p. 26.

³ Rodolfo Ghioldi, “Cosas de la sociología”, *Cuadernos de Cultura*, n° 53, 1961, p. 27.

plina. Sin embargo, en el cuadro de referencias de esta última, Marx y el marxismo no tenían una posición central. Apenas dos menciones a la “sociología marxista”.⁴ Muy probablemente los intelectuales del Partido percibieron en los “apuntes” de Germani un intento de *usurpación* o, lisa y llanamente, una estrategia de *desposesión*. El monopolio de un conocimiento científico acerca del mundo social, que hasta entonces los miembros del Partido creían ostentar con exclusividad, era ahora desafiado por un nuevo competidor. Y cuando de la representación del mundo social se trata, la representación socialmente reconocida como científica no solamente encierra una fuerza social –la fuerza de la creencia en la verdad– sino que proporciona a aquel que la ostenta el monopolio del punto de vista legítimo sobre el mundo social. Ghioldi era consciente de esto y por eso mismo no dudaba en reclamar para el marxismo-leninismo el estatuto de “sociología científica”.

El Marx de Germani

En rigor de verdad, no es que Marx y el marxismo estuvieran ausentes de esa nueva concepción de la ciencia social elaborada por Germani. Pero era un Marx modulado en una sintonía muy diferente de la que prevalecía entre los intelectuales del Partido. Reinterpretado a la luz de los movimientos de renovación de la tradición marxista del período de entreguerras, como la sociología del conocimiento de Karl Mannheim y las investigaciones desarrolladas por el Instituto de Frankfurt, Germani explicitó esa nueva sintonía en “El marxismo y la idea de ‘proceso histórico’”, un trabajo preparado como material biblio-

gráfico de la asignatura a su cargo, Sociología Sistemática, y que circuló exclusivamente entre los estudiantes como la *Ficha 39*.⁵ Redactada entre 1960 y 1961 y pronto devenida célebre en el mundillo estudiantil, Germani ofrecía allí una versión (posible) de ese “marxismo abierto” que había comenzado a propagarse en los distintos grupos, revistas y cenáculos que nucleaban a las nuevas generaciones, identificados genéricamente con el nombre de “nueva izquierda”.⁶ Muy probablemente refiriéndose a los intelectuales del pc, Germani escribía: “La forma más corriente de exponer el materialismo histórico es dando de él una interpretación determinista”.⁷ El Marx presentado por Germani enfatizaba la dialéctica como un “esfuerzo por comprender racionalmente una realidad en movimiento” y un antídoto contra una concepción estática de la realidad social inducida por la abstracción como procedimiento inevitable del conocimiento: “el estatismo no está en las cosas –escribía– sino en nuestro modo de conocerlas”.⁸

Para dar fuerza a su defensa de un materialismo dialéctico Germani retomaba el concepto de “*rovesciamento* de la praxis” de Rodolfo Mondolfo, es decir, “el hecho esencial de que, si por una parte los hombres son moldeados, condicionados por las circunstancias históricas, por la historia, ellos no se limitan a reproducir pasivamente dichas condiciones, sino que las modifican, creando a su vez un nuevo ambiente, un nuevo conjunto de circunstancias

⁴ Gino Germani, *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México, p. 63.

⁵ Las fichas consistían en traducciones de fragmentos de obras en lengua extranjera realizadas por los profesores y auxiliares docentes del Departamento de Sociología y en algunos casos trabajos producidos por los mismos profesores.

⁶ La *Ficha 39* fue publicada recientemente en *Tramas y Redes. Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*, n° 4, 2023, como parte de un dossier dedicado al tema.

⁷ Gino Germani, “El marxismo y la idea del ‘proceso histórico’”, *Ficha 39*, s/d, p. 10.

⁸ Gino Germani, “El marxismo...”, s/d, p. 7.

históricas”.⁹ Como ya estaba ocurriendo en otras latitudes, el de Germani era un intento por inscribir e integrar a Marx en el cuadro de una teoría no determinista de la acción que, desde finales del siglo XIX en adelante había cobrado fuerza por intermedio de la tradición sociológica europea.¹⁰ Diez años más tarde, Marx integraría, junto con Max Weber y Emile Durkheim, el trío de los “padres fundadores” que dominaría desde entonces la pedagogía de la disciplina. No sabemos si Ghioldi estaba al corriente de la *Ficha 39*, pero no hay dudas de que hubiera discordado de su contenido. El marxismo elaborado por Germani estaba en las antípodas de la versión predicada por las altas autoridades intelectuales del Partido.

Sobre los orígenes intelectuales de la *Ficha 39*, no podemos sino especular. Que no era una apuesta menor o relativamente marginal lo revela en principio el tamaño de la “inversión” y el mercado al que estaba destinado. El manuscrito, que permaneció inédito hasta muy recientemente, tiene una extensión superior al tamaño promedio de un *paper* (poco más de ochenta mil caracteres), y formaba parte de la bibliografía obligatoria de la asignatura nuclear de la disciplina. La densidad conceptual y ciertas características retóricas, como la ausencia de repeticiones y de giros coloquiales, revelan que el escrito no era el resumen apurado de unos apuntes de clase sino el resultado un trabajo meditado y riguroso con los materiales de una tradición intelectual. La ficha tenía, claro está, una función pedagógica, la de dar a conocer y explicar para los iniciados en la disciplina algunas de las características más sobresalientes de la tradición marxista. Pero tenía también una función estratégica y política, conectada con las condiciones de reproducción de la empresa intelectual en marcha. A Germani no se

le escapaba un dato fuerte de la morfología del Departamento: la filiación política predominantemente socialista y comunista de sus miembros, profesores, investigadores y auxiliares de investigación y, sumado a ello, la existencia de un cierto malestar que, ya a comienzos de la década de 1960, había comenzado a extenderse entre estudiantes y primeros graduados respecto de una supuesta ausencia de Marx y del marxismo en la bibliografía del programa de enseñanza de la disciplina. Muy probablemente la *Ficha 39* haya sido concebida, al menos en parte, en respuesta a esa demanda bien precisa de su principal clientela.¹¹

Los comunistas “viejos” y “nuevos”

El artículo de Rodolfo Ghioldi, hoy lo sabemos, fue contestado desde dentro de las propias filas del Partido Comunista por dos jóvenes militantes, Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre, que eran, también, estudiantes avanzados de Sociología. Conforme al testimonio reciente de Torre, molestos por el artículo de Ghioldi, enviaron una carta al director de *Cuadernos de Cultura*, Héctor Agosti, ex-

¹¹ Que Germani estaba relativamente dispuesto a atender a esa demanda lo revela un intercambio de esos años con el sociólogo norteamericano Irving L. Horowitz. En 1962 Germani invitó a Horowitz a una estancia en el Instituto de Sociología, proponiéndole que, entre sus actividades académicas, dictara precisamente un curso sobre marxismo, como se advierte en la respuesta de Horowitz: “Tu propuesta de dos seminarios, uno sobre marxismo y otro sobre lo que me gustaría llamar la ‘sociología de los grupos étnicos’, parece exigente, pero razonable. Torcuato habló de la necesidad de un curso sobre marxismo; y en esto, sin duda, refleja el sentir de los estudiantes. Mi único temor es que un curso sobre marxismo deba restringirse a los estudiantes que se encuentran en la última etapa de sus estudios; estudiantes que sean sensatos y serios, y que no vengán simplemente a expresar sus opiniones personales” (traducción nuestra). Horowitz, I. L. (7 de noviembre de 1962d). [Carta a Gino Germani]. *Horowitz Transaction Publishers Archives*, Pennsylvania, State College. Disponible en: <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/4096/rec/1>).

⁹ *Ibid.*, pp. 21-22.

¹⁰ Véase H. Stuart Hughes, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*, Madrid, Aguilar, 1972.

presando su disconformidad con el “esquematismo” y la “rigidez” del punto de vista del camarada y defendiendo la posibilidad de una sociología marxista o de un marxismo abierto a la incorporación de los modernos métodos y técnicas de investigación social.¹² Agosti entregó la carta a Ghioldi, quien se la devolvió con una pequeña respuesta por escrito (ambos documentos incluidos en el Apéndice documental). Ni la carta ni la respuesta fueron publicadas por un Agosti que prefirió no remover el avisero.

¿Cómo explicar el desafío y el reto intelectual lanzados por esos dos jóvenes a las más altas autoridades intelectuales y políticas de una organización partidaria de la que eran miembros? ¿Qué factores pudieron condicionar esa disidencia intelectual? Salvo la membresía compartida en la misma organización, así como una común adhesión a los principios e ideales que la regían, pocas cosas había en común, en rigor, entre el autor de la nota y los autores de la carta. En principio, estaban distanciados por un origen social y una trayectoria escolar muy diferentes –las diferencias intelectuales están siempre enraizadas en diferencias sociales–. Ghioldi integraba la fracción de los intelectuales comunistas más importantes del período que va de 1945 a 1960 (Victorio Codovilla, 1894-1970; Rodolfo Ghioldi, 1897-1985; Héctor Agosti, 1911-1984; Juan José Real, 1911-1964; Rubens Íscar, 1913-1993), nacidos entre fines del siglo XIX y la primera década del XX en el seno de familias de artesanos y/o trabajadores manuales en ascenso social –Codovilla era hijo de jornalero rural y luego propietario de taberna; el padre de Agosti era pintor y letrista; Real era hijo de peón rural, luego obrero ferro-

viario, y el padre de Íscar era obrero de la construcción–. Intelectuales autodidactas, les tocó crecer en una Argentina en la que las posibilidades de acceso a la educación media o secundaria, y más todavía universitaria, estaban todavía muy restringidas para las hijas e hijos de familias de origen modesto.¹³ Íscar y Real no completaron la escuela primaria, Codovilla no completó la secundaria; Agosti y Ghioldi exhiben un nivel más elevado de escolaridad –ambos completaron la secundaria y cursaron algunos años de estudios universitarios, muy probablemente condicionados por un origen social, y sobre todo geográfico, más favorable –los dos nacieron y se criaron en la ciudad de Buenos Aires–.

Los integrantes de la nueva generación de comunistas, en cambio, y especialmente los estudiantes de la carrera de Sociología, nacieron en la segunda mitad de la década de 1930 (Juan Carlos Portantiero, 1934-2007; Manuel Mora y Araujo, 1937-2017; Silvia Sigal, 1939-2022; Juan Carlos Torre, 1940; Francis Korn, 1935-2024) y son producto de cuadros de so-

¹² Juan Carlos Torre y Elizabeth Jelin: “La conferencia dialogada. Una conversación sobre Gino Germani, las épocas, las huellas y las trayectorias”, *Revista Sudamericana*, n° 20, Centro de Estudios Sociales y Políticos (CESP – FH – UNMDP), 2024. Presentación, edición y notas a cargo de Germán J. Pérez.

¹³ Aun en un país como la Argentina, que exhibía los índices comparativamente más elevados de alfabetización de América Latina y ostentaba, junto con Uruguay, el mayor porcentaje de matriculados en la enseñanza media en relación con la población escolar (Aldo Solari, “Educación y desarrollo de las elites. Sistemas de enseñanza secundaria”, en S. M. Lipset y Aldo Solari, *Elites y desarrollo en América latina*, Paidós, 1965), hasta finales de la década de 1940 apenas poco más del 7% de la población de 20 años o más había pasado por la escuela secundaria. Quince años más tarde, este panorama tampoco se había visto radicalmente alterado a pesar de la expansión que experimentó la educación media y universitaria durante esos tres lustros. Para entonces, menos del 10% de la población había llegado a completar el secundario. En lo concerniente a la educación universitaria, si bien a mediados del siglo XX la Argentina ostentaba la tercera posición en un ranking mundial de estudiantes universitarios por cada 100.000 habitantes, la posesión de un título universitario era, todavía, el privilegio de unos pocos: conforme el censo de 1947, 12 de cada 1000 habitantes de 20 años o más alcanzaban la educación universitaria, con independencia de cuántos conseguían graduarse, Gino Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Raigal, 1955, pp. 234-235.

cialización distintos. Acreditan un origen social y geográfico mucho más elevado que sus mayores. Con excepción de Torre, que nació en la provincia de Buenos Aires y es hijo de un pequeño comerciante, los otros nacieron en la ciudad de Buenos Aires y provienen de familias acomodadas en unos casos –Korn es hija de un importante y exitoso empresario de la industria cultural y Mora y Araujo descende de una familia tradicional de la ciudad de Corrientes, con destacada actuación política e intelectual–, o de profesionales y altos cuadros directivos –el padre de Sigal era médico odontólogo, el de Portantiero, cuadro ejecutivo de una compañía extranjera–. Educados en buenos colegios de la Ciudad de Buenos Aires, para todas y todos ellos la universidad fue, relativamente, un destino casi “banal”, a tal punto que acabarían graduándose y ocupando los nuevos puestos de “profesor” y “profesor-investigador” abiertos por un mercado de la enseñanza y de la investigación en expansión.

Esas diferencias de origen social y de trayectoria escolar están ciertamente en el origen de sus diferentes relaciones de dependencia hacia el Partido. Si se sabe que la dependencia de los miembros de un grupo o de una organización es tanto más total cuanto más débil es el capital económico o cultural que poseen antes de su ingreso a uno u otra, se comprende que sean los de orígenes sociales más modestos los que, sintiendo que deben todo lo que son al grupo u organización que los ha consagrado, se entreguen a ellos de cuerpo y alma y sean, por eso mismo, los más predispuestos a encarnar el denominado “espíritu de cuerpo” y/o “de partido”.¹⁴ El perfil de los miembros de la primera generación de dirigentes políticos e intelectuales comunistas se ajusta perfectamente a ese patrón. Con muchas batallas políticas sobre sus espaldas y un

importante capital político acumulado a lo largo de estas últimas, deben al Partido no solamente su posición, que los ha liberado de las limitaciones de su antigua condición, sino también su cultura, y hasta sus cónyuges o compañeras de toda la vida.¹⁵ No por acaso, y con la excepción conocida de Juan José Real, que había sido expulsado del Partido en 1952, el resto de los viejos militantes y dirigentes –Codovilla, Íscar, Agosti y Ghioldi– permanecieron en él durante toda su vida.

Los jóvenes, en cambio, más seguros de sus credenciales sociales y escolares, y no teniendo, dada su incorporación reciente a la organización, un gran capital político que preservar, se lanzaron a cuestionar a sus jefes doctrinarios en nombre de nuevas competencias adquiridas en el medio universitario. Dueños de “triumfos” que no debían al Partido, estaban por eso mismo en condiciones de adoptar una actitud distanciada hacia los imperativos de la organización –las posibilidades de una “distancia al rol” aumentan, como se sabe, conforme se eleva la jerarquía social–. En ese sentido, cuando en 1963 el Partido decida expulsar a varios de ellos, simplemente oficializaba el corte de una relación que ya prácticamente no existía. *Last but not least*, el desafío que lanzaron a las autoridades máximas del Partido debe ser comprendido, también, como una función de su condición

¹⁴ Pierre Bourdieu, *Langage et pouvoir symbolique*, París, Fayard, 2001.

¹⁵ Para la mayoría de esos viejos dirigentes comunistas el Partido fue un sustituto funcional del sistema escolar al que, dado su origen social, no estaban socialmente predestinados. Codovilla estuvo casado con Ítala Mary, educada en la escuela del Partido e integrante de su Comisión Central Femenina; Juan José Real se casó con Raquel Levenson, militante de la Federación Juvenil Comunista (FJC). Agosti y Ghioldi se casaron con Sofía Babitzky y Carmen Alfaya respectivamente, ambas militantes de la FJC. Por lo demás, la fecundidad malthusiana que fue característica de esas alianzas matrimoniales –los matrimonios Codovilla/Mary e Íscar/Bertelotti no tuvieron hijos y apenas uno los de Ghioldi/Alfaya y Real/Levenson– no pareciera estar disociada del compromiso y la entrega al Partido que marcaría la trayectoria de sus cónyuges.

estatutaria, la de jóvenes. Decir “jóvenes” es decir algo más que los “recién llegados” al campo, sea político o intelectual. Es también el acceso a una condición asociada a determinadas franquicias estatutarias. Progresivamente liberados de la familia de origen y todavía no sometidos a las obligaciones de la vida conyugal, la condición juvenil aparece, así, como la edad de la ingravidez y de la indeterminación profesional y matrimonial, y por eso mismo como la edad de los *engagements*.¹⁶

Ciertamente no todos los jóvenes comunistas se habrán sentido incómodos por el artículo de Rodolfo Ghioldi. Y aun entre quienes experimentaron incomodidad no todos se habrán sentido autorizados a expresar públicamente su disconformidad, y menos aún ante la opinión vertida por un alto dirigente del Partido. Quienes sí lo hicieron no eran solamente jóvenes, sino jóvenes universitarios, aprendices de una nueva ciencia del mundo social. Más todavía: no eran apenas estudiantes avanzados de la carrera de Sociología, sino que estaban integrados al Departamento de la disciplina homónima como auxiliares docentes y de investigación y, más específicamente, en aquella asignatura de la carrera más próxima al *core* de la disciplina, o más afín con la definición dominante de esta última, como lo era Elementos de Metodología y Técnicas de la Investigación Social.

Esa condición estatutaria —la de militantes comunistas y, a la vez, aspirantes a la novel profesión de sociólogos— terminará por situarlos en una posición incómoda, de *double bind* (“doble vínculo” o “doble constreñimiento”):¹⁷

¿cómo ser fieles al marxismo sin traicionar las exigencias de la sociología, y cómo sostener el compromiso con la sociología sin perder de vista el marxismo? Arrojadlos a esa tensión, divididos entre la adhesión a un credo político que, conforme a la definición de las más altas autoridades del Partido, resultaba contradictorio con su adhesión a los principios de la nueva sociología científica, se verán forzados a moverse en dos tableros simultáneamente: el del Partido y el de la disciplina.

Las tomas de posición de algunos de estos jóvenes pueden leerse, precisamente, como un indicador elocuente de esa encrucijada. En 1962 Juan Carlos Torre publicó en la revista del Partido, *Cuadernos de Cultura*, una elogiosa reseña de *La imaginación sociológica*, de C. Wright Mills, queriendo convencer a sus camaradas de la existencia de una sociología que, aunque inscripta en los marcos de lo que en la jerga del Partido se denominaba como “sociología no marxista”, se revelaba alternativa a toda aquella que había sido atacada por Ghioldi en su nota, conectando el análisis científico de la estructura social con el proyecto moral y político de una “reforma de la conciencia de los hombres”.¹⁸ Si bien Torre advertía sobre las limitaciones de la posición de Mills, que llamaba a ejercer la crítica social desde una posición de independencia moral, cuando en realidad esa crítica no podía llevarse a cabo al margen de la organización —el Partido—, y en conexión con una fuerza social —el proletariado—, instaba no obstante a sus

¹⁶ Gérard Mauger, “La jeunesse, un âge de la vie”, *Diversité*, n° 194, 2019.

¹⁷ Acuñada por el psiquiatra y antropólogo Gregory Bateson, la noción fue movilizada por Pierre Bourdieu en sus análisis del sufrimiento socialmente producido por las exigencias contradictorias de las posiciones sociales o las contradicciones vinculadas con la herencia, como es el caso de los hijos sometidos a expectativas sociológicamente irrealistas por parte de sus padres, expectati-

vas que no pueden satisfacer ni tampoco rechazar; o el del padre que desea ver ascender a su hijo, aun sabiendo que ello implica su propia ruina como “padre real”; o, finalmente, el caso del sociólogo mismo, que debe transmitir a sus aprendices los instrumentos de construcción sociológica del mundo social y, al mismo tiempo, una disposición crítica, es decir, la inclinación a poner en cuestión esos mismos instrumentos. Véase Pierre Bourdieu, *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

¹⁸ Juan Carlos Torre, “La imaginación sociológica”, *Cuadernos de Cultura*, n° 3, 1962, p. 77.

camaradas a integrar a Mills “a la extendida columna de los abanderados de la Razón y la Libertad”.¹⁹ Durante ese mismo año, Torre publicaría, esta vez en una revista universitaria, *Cuestiones de Filosofía*, una breve nota que reseñaba favorablemente los contornos de una “nueva orientación de la sociología norteamericana” que, liderada por Charles Wright Mills, se erigía como una alternativa al *mainstream* de la “Gran teoría” (Talcott Parsons) y el “empirismo abstracto” (Paul Lazarsfeld), según los términos con los que había sido popularizada por el propio Mills. La defensa de esa nueva orientación era una manera de oponerse a Germani conectando la práctica de la disciplina con el compromiso político, pero sin renunciar a la sociología.

Como se advierte, dada la posición estructuralmente homóloga que estos militantes comunistas y estudiantes de sociología ocupaban en cada uno de los respectivos tableros —eran los jóvenes del campo político y los jóvenes de una nueva disciplina universitaria— adoptarían tomas de posición igualmente homólogas: desafiando a los establecidos en el Partido con las novedades de un marxismo abierto a los desarrollos de la ciencia social, y reivindicando la autonomía de su papel de productores especializados frente a un Partido que pretendía mantenerlos a raya en nombre de una doctrina; desafiando, también, a los establecidos de la nueva sociología con una “nueva orientación”, capaz de infundir “imaginación” y activismo a una disciplina burocratizada, ya incapaz de sintonizar, según pensaban, con los problemas públicos del presente. La fórmula/consigna de “marxismo con datos” que, acuñada y popularizada en esos años por Juan Carlos Marín, adoptaron para autodescribirse, expresa bien esa configuración estructural de doble vínculo en la que estaban inscriptos, como también las ambiva-

lencias derivadas de ella. La fórmula, que les permitía acumular los beneficios de la ciencia con el prestigio del compromiso político, fue la manera que encontraron de resolver las contradicciones a las que estaban expuestos. □

Bibliografía

Agosti, Héctor, “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, en A. Agosti, *Para una política de la cultura*, Buenos Aires, Procyon, 1956.

Bourdieu, Pierre, *Langage et pouvoir symbolique*, París, Fayard 2001.

—, *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Germani, Gino, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

—, “El marxismo y la idea del ‘proceso histórico’”, *Ficha* 39, s/d.

—, *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México, 1956.

Ghioldi, Rodolfo, “Cosas de la sociología”, *Cuadernos de Cultura*, n° 53, 1961, p. 27.

Mauger, Gérard, “La jeunesse, un ‘âge de la vie’”, *Diversité*, n° 194, 2019, pp. 25-30.

Simon, Michel, “Notas sobre la concepción marxista de la sociología”, *Cuadernos de Cultura*, n° 49, setiembre-octubre de 1960, pp. 24-34.

Solari, Aldo, “Educación y desarrollo de las elites. Sistemas de enseñanza secundaria”, en S. M. Lipset y Aldo Solari, *Elites y desarrollo en América latina*, Buenos Aires, Paidós, 1965, pp. 351-383.

Stuart Hughes, H., *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*, Madrid, Aguilar, 1972.

Torre, Juan Carlos, “Una nueva orientación de la sociología norteamericana”, *Cuestiones de Filosofía*, n° 2, 1962.

—, “La imaginación sociológica”, *Cuadernos de Cultura*, n° 3, 1962.

Torre, Juan Carlos y Elizabeth Jelin, “La conferencia dialogada. Una conversación sobre Gino Germani, las épocas, las huellas y las trayectorias”, *Revista Sudamericana*, n° 20, Centro de Estudios Sociales y Políticos (CESP – FH – UNMDP), 2024. Presentación, edición y notas a cargo de Germán J. Pérez.

¹⁹ *Ibid.*, p. 79, mayúsculas en el original.

Resumen/Abstract

Comunistas sociólogos/sociólogos comunistas: sociogénesis de una ambivalencia intelectual

En el amanecer de la década de 1960, Rodolfo Ghioldi, un importante cuadro intelectual y político del Partido Comunista Argentino, publicó una nota en la que fustigaba en duros términos a la sociología universitaria liderada por Gino Germani. La nota de Ghioldi encendió la mecha de un debate en torno de las relaciones entre marxismo y sociología que a partir de entonces habría de propagarse en los distintos cenáculos intelectuales que por entonces nucleaban a la denominada “nueva izquierda”. Pero suscitó también una reacción crítica, cargada de ambivalencia, al interior del Partido, de parte de una fracción de sus cuadros más jóvenes, la de aquellos que eran militantes de la organización y a la vez estudiantes avanzados de Sociología. El artículo intenta comprender la génesis social de esa reacción atendiendo tanto a las propiedades de origen social y de trayectoria que diferenciaban a esos jóvenes de los viejos cuadros del Partido como a la propiedad de posición de “doble vínculo” a la que aquellos se vieron arrojados como consecuencia de su condición de militantes del Partido y aspirantes a la novel disciplina.

Palabras clave: Comunistas – Sociólogos – Origen social – Trayectorias – Ambivalencia intelectual

Communist Sociologists / Sociologist

Communists: The Sociogenesis of an Intellectual Ambivalence

In the early 1960s, Rodolfo Ghioldi, a leading intellectual and political figure in the Argentine Communist Party, published an article sharply criticizing the university sociology led by Gino Germani. His intervention sparked a debate on the relationship between Marxism and sociology that soon spread across the various intellectual circles associated with the so-called “New Left.” It also provoked a critical and deeply ambivalent reaction within the Party itself, particularly among a group of younger cadres who combined Communist militancy with advanced training in sociology. This article seeks to reconstruct the social genesis of that reaction by examining both the social origins and trajectories that distinguished these young intellectuals from the older Party leadership and the “double bind” situation in which they found themselves because of their simultaneous commitment to Communist activism and their aspirations to join a newly institutionalizing academic discipline.

Keywords: Communists – Sociologists – Social origin – Trajectories – Intellectual Ambivalence